
LA SANIDAD PUBLICA EN COLOMBIA

Por el doctor Luis Ardila Gómez.

I.—Introducción.

El hombre verdaderamente sabio no pide al cielo sino la salud del cuerpo con la del espíritu.

Juvenal.

Señoras y señores:

El Centro de Historia de Santander, que persigue en Bucaramanga el empeño magnífico y ligeramente visionario de mantener encendida la lumbrera del espíritu en este ambiente de feria vulgar que caracteriza a la humanidad contemporánea, me ha hecho la distinción de designarme para dictar esta conferencia, como uno de los actos con que solemniza la fecha de más memorable trascendencia en la vida del Continente.

Y al encargarme de esta comisión honrosa, mi primera advertencia fue la de que el tema que eligiera debía guardar una adecuada consonancia con la angustiada gravedad de las horas decisivas que atraviesa la república. Porque la austeridad de estos momentos difíciles, que pone un temblor de emoción y de incertidumbre en los labios atónitos de todos los colombianos considerables, proscribire el floripondio de las glorificaciones líricas e impone una nueva concepción del patriotismo, que sepa traducir el dolor humano de un pueblo al que se le desvanece, como una alucinación, la confianza en sus hombres y la fe en sus futuros destinos.

He querido solicitar, por eso, vuestra importante atención para hablaros de *La Sanidad Pública en Colombia*. Y si no he parado mientes en la aridez inevitable del tema, es porque tengo el convencimiento de que podré deciros algunas verdades interesantes, que me hago la ilusión de que justifiquen el ejercicio de vuestra benevolencia. En todas vuestras miradas adivino la avaricia del tiempo, que yo no os pediría si no tuviera la persuasión de que los problemas que vamos a estudiar aquí merecen con creces esta ofrenda vuestra.

Por lo demás, encuentro un correcto motivo de *sindéresis* cuando

Nota de la Dirección.—Por considerarlo de actualidad, y creerlo oportuno, publicamos esta conferencia leída por el doctor Luis Ardila Gómez en el Centro de Historia de Santander, en octubre de 1931.

me propongo tratar de la sanidad pública en el día de la raza, ya que su porvenir antropológico está indisolublemente vinculado a la transmisión hereditaria de la normalidad biológica, y que ésta, a su vez, depende casi por completo de la previsión técnica que sepa poner una valla eficaz a la morbilidad inevitable. De otro lado, no será impertinente hacer notar que las doctrinas científicas son tan sólo una forma —acaso la más fiel y sin duda alguna la más provechosa— de la tradición histórica.

Situación del problema.

Existe una verdad, de apariencia casi nimia dentro de su espontánea evidencia, y que debiera, sin embargo, iluminar a todas horas la conciencia humana, con la misma regularidad matemática con que el sol alumbra la superficie de la tierra; una verdad cuya sencillez la hace pasar casi siempre inadvertida; una verdad que es anterior en el tiempo y superior en importancia a todas las teorías políticas, a todas las preocupaciones religiosas y a todas las doctrinas filosóficas; una verdad cuya perspectiva se mide con la trayectoria inconmensurable de la historia pretérita y de la historia futura de la humanidad. Y esta verdad sencilla, que abarca en una síntesis admirable el alcance total de esta conferencia, se puede enunciar en palabras triviales, de una brevedad casi conmovedora: *vivir sano es la primera necesidad del hombre.*

Imagino que no tendré que apelar a sutiles argumentaciones escolásticas para demostraros este postulado, que de seguro encuentra en vosotros la más franca acogida mental. Porque huelga decir que todas las conquistas, grandes y pequeñas, del esfuerzo humano, se fundan sobre la base inmanente de la normalidad física, y que la misma salud del espíritu, por una reciprocidad cuya esencia no sería oportuno discutir aquí, presupone siempre la buena salud corporal. Si no sintiera yo ese odio santo por todos los lugares comunes, ninguna oportunidad como esta para citaros el trajinado adagio latino de *mens sana in corpore sano.*

Pero existe una razón de mayor alcance, de más noble origen y de proyecciones sociales incomparablemente más complejas, que define con nítido y perfiles de responsabilidad nuestro deber sanitario: por la sola circunstancia de vivir y de ser nosotros los precursores de las generaciones futuras, tenemos contraído con ellas un compromiso automático de lealtad biológica que nos obliga a luchar contra todas las enfermedades susceptibles de transmitirse por herencia, y contra todas las taras orgánicas que en alguna forma pudieran menguar la integridad fisiológica de nuestros descendientes. Y a este propósito es necesario recordar que el contagio de una afección de tipo constitucional, de marcha crónica y de virulencia perdurable por herencia, significa la integración de una cadena morbosa cuyos estragos se miden por siglos!

Ya que nos encontramos aquí bajo los auspicios del Centro de Historia de Santander, quizá no haya de resultar impertinente una alusión histórica, que pinta con la ironía sarcástica de la caricatura hasta dónde pueden llegar los errores humanos cuando buscan un fin laudable por caminos inconducentes.

Existió en Europa, en el siglo XII, una secta religiosa de carácter herético que se llamó catarismo, nombre de etimología griega que significa puritanismo. La doctrina de los cátaros se fundaba en principios éticos bien singulares: según ella, el espíritu es esencialmente bueno, pero se pervierte por la mala compañía del cuerpo, de donde se deduce, en sana lógica, que para alcanzar la perfección moral, la medida más importante que debe tomarse es la separación del cuerpo y el espíritu. De este prolegómeno se infiere fácilmente que la mira suprema del catarismo era la extinción de la especie humana en la superficie de la tierra, único medio de conseguir, de manera definitiva, la liberación absoluta del alma.

El fanatismo, que suele ser mal compañero en todas las emergencias humanas, sacrificó muchos millares de vidas en nombre de esta filosofía extravagante, porque los cátaros, en su empeño de purificar a la humanidad, abolieron el matrimonio, se opusieron por todos los medios a la reproducción de la especie y fijaron, como la meta suprema del misticismo ascético, el suicidio por hambre, que en el lenguaje técnico de sus ritos llamaban *endura*. Después de una ceremonia religiosa que se designaba con el nombre latino y ligeramente irónico de *consolamentum*, el candidato a la suma perfección espiritual entraba en una residencia suntuaria, donde quedaba privado de toda alimentación hasta que alcanzaba el galardón supremo de la muerte!

Ninguno de vosotros, de seguro, estaría dispuesto a ingresar en aquellas liturgias droláticas, y sin embargo, es doloroso tener que confesar que nosotros, con el abandono de la profilaxis sanitaria ante las generaciones venideras, estamos comprometiendo, con mayor sevicia que los mismos cátaros, el porvenir antropológico de nuestros descendientes.

Para los que vivimos, por razones profesionales, en contacto permanente y familiar con estos angustiosos problemas, resulta una antítesis desconcertante la sanidad pública en Colombia. Porque tenemos que encontrar inexplicable que los legisladores y los gobernantes consideran los servicios oficiales higiénicos y sanitarios como un deber subsidiario del Estado, al cual apenas se atiende en proporciones mezquinas con los recursos excedentes de todos los demás gastos administrativos, con partidas que se hacen figurar en los presupuestos como una excusa o como un pretexto al desdén oficial. Y tenemos así que mientras el país mantiene un servicio consular y diplomático que sirve apenas para escarnecer nuestra pobreza, no existe, ni siquiera en las capitales de De-

partamento, un consultorio oficial y gratuito para los pobres, ni una farmacia de beneficencia donde se les despachen sus recetas. Contra esta paradoja irritante quiero yo levantar mi voz airada de de esta modestísima tribuna del pensamiento santandereano, a sabiendas de que los más grandes movimientos de la opinión, que cambiaron muchas veces la estructura social de los pueblos, tuvieron casi siempre un origen humilde.

II.—La cultura médica general y el prejuicio.

La observación prolongada de los fenómenos demográficos me ha permitido anotar un hecho exótico, para el cual no encuentro una explicación satisfactoria: mientras que en casi todos los demás órdenes de conocimiento humanos (mecánica, electricidad, arquitectura, jurisprudencia etc.) las nociones científicas elementales ganan rápidamente la conciencia pública y permiten una aplicación provechosa de tales principios en la vida ordinaria; por lo que respecta a la medicina sucede precisamente lo contrario: las gentes profanas disfrutan de la más frondosa ignorancia, y el médico tiene todos los días la ingrata sorpresa de encontrar personas de refinada cultura mental, que profieren pintorescos dilates en cuanto intentan emitir su opinión sobre cualquier tema relacionado con la medicina.

Y el ánimo del profesional se conturba cuando tiene la demostración cotidiana de que el vulgo, en lo referente a cuestiones sanitarias, vive todavía en la época bárbara de la cataplasma y de la sangría, lo que representa un obstáculo extraordinario para la implantación de las modernas doctrinas científicas, porque lejos de contar con la cooperación y el espíritu comprensivo de los enfermos y de sus familiares, el médico tropieza a cada paso con la valla invulnerable del prejuicio.

No existe acaso en todo el panorama de las tradiciones humanas ningún apego comparable a la pertinacia con que el vulgo defiende los prejuicios absurdos de la terapéutica antigua y de la antigua patología. El carácter religioso, quizá, que tuvo la medicina de los primeros tiempos, o la circunstancia de estar por medio el dón máspreciado que es la vida, le dan a la ignorancia del pueblo una solemnidad augusta, que se traduce en la absurda beligerancia con que todos pretenden recetar a los enfermos. Y vemos así cómo, mientras que nadie osaría indicar a un arquitecto la resistencia de un arco, ni se atrevería nadie a aconsejar a un escultor la manera de dar a su estatua un profundo gesto meditativo, cualquiera formula la alimentación que debe tomar un niño con gastroenteritis, y en la tienda de la esquina se discute sobre la tuberculosis de la cápsulas suprarrenales!

Una mirada retrospectiva a la psicología de las multitudes en el curso de la historia serviría mejor para esclarecer la causa de esta igno-

rancia metódica del pueblo en todos los problemas que atañen a la medicina. El espíritu humano ha sentido siempre una inclinación instintiva al hecho inexplicable, al misterio y a la fantasmagoría, y la liberación del entendimiento de estas tendencias primitivas se logra tan sólo mediante una elevada cultura mental que apenas alcanzan señalados hombres. El hábito intelectual a las disciplinas científicas y la sujeción de la inteligencia a un racionalismo bien entendido, constituyen altas conquistas de refinamientos superiores, que no sería posible encontrar en los conglomerados gregarios que forman la masa anónima de los pueblos.

Por eso si vosotros explicáis al labriego que las heridas de su bestia de trabajo han sido infectadas por microbios capaces de producir inflamaciones edematosas y flegmones gaseosos, él rechazará, con cierta malicia indígena, esta explicación que confirma el laboratorio y que la experimentación científica sanciona. Pero si oye decir que en las noches opulentas del plenilunio, el astro anémico de los poetas empalagosos irradia sobre las heridas de su caballo de labor efluvio invisible y maléfico, esta explicación romántica del fenómeno colma sus ansias de una fácil emotividad, y la herida *alunada* entra a formar parte fundamental del credo campesino.

Una labor oficial de vulgarización de las verdades modernas elementales en asuntos higiénicos y sanitarios debería ser, por consiguiente, el punto de partida en la organización de la sanidad pública, porque no sería posible dar un paso adelante mientras que el público no haya aprendido a renunciar a su ignorancia presuntuosa, para que el concepto científico y la verdad técnica disfruten de la beligerancia absoluta que les corresponde. Y para lograr este fin, nada sería tan eficaz como un boletín sanitario mensual, que en edición de varios millones se publicara en las imprentas oficiales, para distribuirlo después por los correos de la nación a todos los alcaldes de la república, con la orden severa de hacerlo llegar a todos los hogares del país. En este boletín, la pluma fácil de un profesional ilustrado llevaría a todas partes, en lenguaje sencillo y breve, aquellos conocimientos primarios que han de formar la base de una cultura médica general.

III.—*La posición del médico ante la conciencia pública.*

La medicina, cuya historia se remonta hasta los más lejanos orígenes de la humanidad, comenzó por ser un conato instintivo de defensa de la especie, que tenía el valor sintético e irreflexivo de un sentimiento, para llegar, tras una dificultosa gestación de siglos, al estado de doctrina científica constituida en que se encuentra hoy. Pero fue durante el último siglo, que comprende casi todos los descubrimientos

trascendentales en la patología y en la terapéutica, cuando un severo espíritu de investigación experimental, ayudado por las ciencias auxiliares y principalmente por la física y la química, dio a los estudios médicos la estructura de positivismo racional que ha sido norma invariable de todas sus modernas conquistas.

Pero la relatividad inmanente a todos los fenómenos biológicos y a los patológicos en particular, hace que la medicina no haya llegado aún, ni pueda llegar nunca, a la categoría de ciencia exacta. En efecto: las causas que actúan en un proceso mórbido cualquiera son tan numerosas, la medida en que cada una de ellas interviene tan diversa y tan complejas sus relaciones de reciprocidad convergente o antagonista, que en la inmensa mayoría de los casos resulta imposible hacer una liquidación etiológica exacta, para llegar a conclusiones absolutas.

Este concepto del carácter contingente de las verdades médicas ha trascendido al vulgo y ha sido desfigurado por la incomprensión de las gentes no iniciadas, dando lugar a la creencia popular de que la medicina no tiene una base científica propiamente dicha, de que las doctrinas médicas son meras afirmaciones gratuitas, hijas de una experimentación ciega y casual, y de que los médicos apenas alcanzan a la modesta categoría de adivinos, más o menos afortunados en el arte de prestidigitación intelectual a que los obliga su profesión.

Y al amparo de estos postulados erróneos, que tan hondo arraigo tienen en la conciencia popular, hacen estragos en la ignorancia pública los curanderos, los magos, las pitonisas, todas las gentes, en fin, que se dedican a la industria proditoria de vender por entregas la felicidad humana. Y el amor de las muchedumbres a todo lo maravilloso, de que os hablaba antes, y que prospera tanto mejor cuanto más bajo sea el nivel de la cultura pública, va desalojando de la conciencia colectiva el prestigio de los técnicos para dejar campo a los estafadores de la credulidad, con los perjuicios inmediatos y lejanos que fácilmente pueden inferirse.

En un número reciente de "Mundo al Día" —el conocido diario bogotano— he leído el siguiente anuncio: "Adivinadora.—La conocida señora Flora Lago, Doctora en ciencias ocultas, puede aliviar vuestros sufrimientos en el amor, en la salud, en los negocios y en el matrimonio. Si tenéis cualquier dificultad acudid a ella, quien os dará alivio con el horóscopo de vuestra vida. Calle 9ª, número 220-A". Convendréis vosotros conmigo en que es vergonzoso que en un país civilizado donde se discute la eficacia legal de diplomas expedidos por facultades extranjeras de renombre universal, se permita impunemente por las autoridades el engaño de las gentes ignoras por estas doctoras en ciencias que no existen y se fomenta de ese modo en el pueblo la deplorable tendencia a buscar el remedio de sus males en soluciones cabalísticas.

Por una de esas paradojas que son tan frecuentes en las relaciones de los hombres, la dignidad social del médico, que durante todos los tiempos antiguos se mantuvo en un elevado nivel de prestigio y de respetabilidad, ha venido decayendo en los tiempos modernos, precisamente en la misma proporción en que las doctrinas médicas se han ido perfeccionando y en que la aplicación de los grandes descubrimientos, fruto del trabajo silencioso de los sabios, ha prestado mayores servicios a la humanidad.

Para demostrar cuál era la posición social del médico en los primeros tiempos, me bastará citar las siguientes frases del Eclesiástico, uno de los libros del Antiguo Testamento, y que tomo del capítulo XXXVII, versos 1 a 14:

“Hónra al médico, porque lo necesitas, pues el Altísimo es el que por ti lo ha hecho. Porque de Dios viene toda medicina y será remunerada por el rey. Al médico le elevará su ciencia a los honores y será celebrado ante los magnates. El Altísimo es quien de la tierra crió los medicamentos y el hombre prudente no los desechará. ¿No endulzó un palo las aguas amargas? La virtud de los medicamentos pertenece al conocimiento de los hombres; el Señor se la ha descubierto para que le glorifiquen por sus maravillas. Con ellos cura y mitiga los dolores y el boticario hace electuarios suaves y forma unguentos saludables, y no tendrán fin sus operaciones. Porque la bendición de Dios está extendida sobre la tierra. Hijo, cuando estés enfermo no descuides de ti mismo, antes bien, ház oración al Señor y El te curará. Ofrece un sacrificio de suave olor y sea perfecta tu oblación y luego dá lugar a que obre el médico. Para eso lo ha puesto el Señor: no se aparte de ti, porque su asistencia es necesaria. Puesto que hay un tiempo en que has de caer en manos de los médicos. Y ellos rogarán al Señor que te aproveche lo que recetan para tu alivio y te conceda la salud, que es a lo que se dirige su profesión”.

Esto decían quienes escribieron el Antiguo Testamento. Y en los tiempos actuales, en cambio, por una antítesis inexplicable y dolorosa, cuando se trata de juzgar la labor del médico salta de todos los labios, como una alimaña, la calumnia mordaz, la sugestión malévola y el chascarrillo revulsivo y malediciente. Porque existe el prejuicio equivocado de que el médico es un ciudadano que goza del privilegio odioso de ganar el dinero a manos llenas y de disponer impunemente de la vida de sus semejantes, cuando precisamente de todos los centros universitarios del mundo civilizado se levanta hoy un grito de angustia para disuadir a los jóvenes de ingresar a las facultades de medicina, porque el proletariado profesional se presenta como uno de los más graves problemas que amenazan a las clases cultas de la sociedad, y porque otras orientaciones ofrecen mejor remuneración y mayores halagos a su esfuerzo.

El médico, que es hombre como los demás, está naturalmente sujeto a la misma condición humana, que lo hace susceptible de errores, de pasiones y de debilidades. Pero a sabiendas de que ningún hombre de cierta dignidad mental asumiría la defensa pública de actuaciones menguadas, yo os empeño mi palabra de que nunca, en mi ya larga vida profesional, he visto un solo médico, ni uno solo, que colocado delante de su enfermo y depositario discrecional de su confianza, hubiera procedido con intención deshonorables, con desidia maliciosa o siquiera con indolencia premeditada. Porque en las noches absurdas de la enfermedad, cuando una tragedia de amor o un drama de sociología amenaza el desamparo de la familia atribulada, el médico siente gravitar sobre su conciencia el peso de una responsabilidad que no tiene limitaciones, y acaso no halle la sociedad otro alguno de sus servidores que en una forma tan integral, tan absoluta, tan ajena a toda reserva y me atrevería a decir también tan emocionada, se entregue todo el esfuerzo intelectual y físico de salvar al enfermo. Y esa garantía de una lealtad permanente e irrestricta, no parece justo que haya de ser correspondida con el espectáculo de la ingratitud sistematizada, que exige un temple moral extraordinario para que no conduzca a las más aciagas desviaciones del espíritu.

Por lo demás, si la medicina y los médicos han prestado o no a la humanidad servicios importantes no es pregunta que haya de contestarse con declamaciones líricas, sino con datos estadísticos. Todos vosotros sabéis la importancia de una estadística correcta en el estudio de los fenómenos colectivos, y por eso me voy a permitir rebasar quizá el margen de amable tolerancia que me habéis acordado para citar algunos resultados, que tomo de la revista oficial de estadística de la ciudad de Nueva York:

La mortalidad general, que era en el año de 1894 de 163 por 100.000, bajó a 9 por 100.000 en 1923. Los niños menores de un año, que en el año de 1900 murieron en proporción de 205 por 1.000, ya en el año de 1925 murieron apenas 66 por 1.000. La fiebre tifoidea ocasionaba en el año de 1870 una mortalidad anual de 40 por 100.000 habitantes y esta cifra se encuentra reducida hoy a 2 por 100.000. La gastroenteritis infantil daba en el año de 1872 una mortalidad de 40 por 1.000, para rebajarse en el año de 1923 a 2 por 1.000. Y la mortalidad global por paludismo, que era en el año de 1872 de 24 por 100.000 habitantes, se encuentra ahora en el límite admirable de 1 por 100.000. Finalmente, está demostrado que la mortalidad general ha sido reducida a la mitad en el curso de los últimos 50 años, y el promedio de la longevidad humana, que era en el año de 1800 de 35 años, es hoy de 58. Parece que la elocuencia incisiva de las cifras no requiere ningún comentario.

IV.—Enfermedades evitables y enfermedades inevitables.

Desde el punto de vista de la demografía sanitaria las enfermedades se dividen en evitables e inevitables. Sobradamente sé que esta clasificación no es absoluta y que habrá de sufrir modificaciones sucesivas a medida que los nuevos descubrimientos vayan permitiendo esclarecer las causas morbosas hasta hoy desconocidas y controlar su mecanismo de propagación. Pero esta relatividad no mengua en lo más mínimo el enorme servicio que esta división presta en la organización de la higiene pública.

El tipo de las enfermedades inevitables es el cáncer. A despecho del inmenso esfuerzo científico acumulado alrededor de la terrible dolencia, ignoramos aún las verdaderas causas del mal, y se comprende muy bien que la profilaxia de las neoplasias malignas no podrá dar un paso adelante mientras que esta incógnita decisiva no haya sido despejada. Aunque las opiniones de los investigadores andan divididas, parece prevalecer la antigua hipótesis anatómica o embriogénica, según la cual el organismo que ha de sufrir la degeneración cancerosa lleva ya al nacer la célula cuya multiplicación tardía, desordenada y lujuriosa, habrá de dar origen al tumor. Como lo ha dicho Bang, "el cáncer está constituido biológicamente antes de estarlo histológicamente", pero con respecto a los móviles orgánicos que hayan de provocar su desarrollo, tan sólo sabemos que se presenta en las edades propectas y que tiene cierta predilección estadística por determinados órganos. La profilaxia que consiste en el examen periódico y sistemático de todas las personas que hayan traspasado los 45 años, para lograr la curación—que es siempre teóricamente posible— mediante diagnósticos y operaciones precoces, representa uno de los más difíciles refinamientos sanitarios de países que van a la vanguardia del movimiento científico del mundo, y sería perfectamente ilusorio hablar de tales campañas en Colombia, donde no se han implantado aún las más rudimentarias medidas para oponerse al contagio de las enfermedades mejor conocidas.

Como antípoda del cáncer, encabezando el grupo de las infecciones inevitables, podemos citar la viruela, que en Francia, en Alemania y en los Estados Unidos ha pasado a ser ya una enfermedad de existencia puramente histórica. La vacunación, como todo el mundo lo sabe, dá resultados que pueden considerarse constantes, y una epidemia de viruela como las que frecuentemente se ven entre nosotros, debiera ser motivo de vergüenza para la sanidad oficial.

Al lado de la viruela, en el grupo de las enfermedades evitables, deben figurar también, con los títulos de mayor o menor solvencia, el paludismo, la sífilis, la fiebre recurrente, la anemia tropical, la fiebre tifoidea, la disentería amibiana, la gastroenteritis infantil, la difteria, la fiebre amarilla, la infección por el diplococo de Neisser y algunas otras.

Y a pesar de que ha sido precisamente en la patología tropical en donde la medicina moderna ha realizado sus más brillantes adelantos, en Colombia mueren todos los años millares y millares de ciudadanos útiles a la patria, que caen víctimas del azote de las enfermedades evitables. Hablando con toda propiedad sería preciso declarar que ellos no han fallecido de paludismo, ni de anemia tropical, ni de disentería, sino que han muerto de ignorancia.

Se podría pensar a primera vista que la profilaxia de las enfermedades evitables obedece tan sólo a un sentimiento humanitario, que debiera ejercer sobre nosotros una coacción moral para evitar el mal de nuestros hermanos. Pero hay que advertir que los problemas económicos, que parecen embargar de manera exclusiva los desvelos de la humanidad contemporánea, están vinculados de manera indisoluble a la densidad de la población e implican, por consiguiente, como obligado punto de partida, la implantación de una cultura sanitaria que conduzca a la supresión de la morbilidad y de la mortalidad evitables.

Los más perfectos cálculos estadísticos demuestran que la vida de un hombre sano de 20 años tiene para el Estado un valor de dos mil dólares, y este dato permite formarse una idea global de las enormes pérdidas materiales que cada año sufre la nación por el abandono culpable de la higiene colectiva. Por eso quienes vivimos en permanente contacto con estas verdades agobiadoras, no acertamos a comprender cómo se pretenda edificar sobre sólidas bases la riqueza pública, sin mencionar siquiera en los programas de los estadistas y de los legisladores estas constataciones primordiales en la trayectoria social y económica del país.

La mortalidad infantil y la densidad de población.

En Colombia, por desgracia, vivimos con un retraso sanitario que no sería exagerado calcular en 50 años. Y en prueba de ello, voy a daros un dato que vuestros oídos habrán de escuchar con asombro: en nuestro país, más del veinte por ciento de los niños que nacen mueren en los primeros meses de la vida, víctimas de la gastroenteritis y de otras enfermedades evitables! Y si hay algún renglón en donde la influencia social del médico sea realmente mediocre, es este de la profilaxia de la morbilidad infantil. Porque las madres, aferradas a la rutina por una tradición de siglos, se niegan a aceptar las doctrinas modernas, confirmadas por estadísticas de muchos millones de casos, y se oponen, con una pertinacia homicida, a aceptar la verdad más diáfana que hayan pronunciado labios humanos, cual es la de que los niños no viven de lo que comen, sino de lo que digieren.

No caben, dentro de los linderos de esta conferencia, todas las observaciones que me trae a la mente el problema inquietante de la

mortalidad infantil. Pero hay una a la cual no sabría renunciar, en estos momentos en que parece situarse ante la conciencia de la nacionalidad el dilema supremo de su futura condición en el mundo civilizado.

Con una superficie territorial que es, en números redondos, cuarenta y dos veces mayor que la de Bélgica, Colombia tiene, aproximadamente, la misma población de aquel país, lo que quiere decir, naturalmente, que su densidad de habitantes es 42 veces menor. Y mientras que la superficie territorial de Francia y Alemania reunidas no alcanza a igualar la extensión de Colombia, tenemos allá un poco más de cien millones de habitantes, contra ocho millones escasos que arrojó nuestro último censo, probablemente falseado por las hipérbolas electorales.

Ahora bien: el engrandecimiento de la patria no es una tesis literaria ni un impulso romántico, que pueda resolverse con arrebatos de neurosis tropical. Es, por el contrario, un problema rigurosamente estructural, en el que el concepto de la densidad de la población ocupa el vértice por derecho propio. Porque la riqueza nacional no puede ser sino la suma de la riqueza parcial de cada uno de los ciudadanos, y el territorio deshabitado nada pesa en la balanza de las recaudaciones fiscales ni en el desarrollo del bienestar privado. Y mientras que Colombia siga permitiendo, con esta indolencia culpable, que el veinte por ciento de sus niños y una dolorosa proporción de la juventud mueran anualmente como macabro tributo a las enfermedades evitables, todos los conatos para salvar la grandeza de la patria y para elevarla al nivel que le corresponde en el concierto de las naciones cultas será un ingenuo sofisma, ya que no es posible, en asunto de tamaña cuantía, imbricar los factores ni pretermitir aquellos que dominan el problema con una supremacía cardinal.

V.—*El poema bucólico de la agricultura nacional.*

Se ha dicho en todos los tonos que la salvación económica de Colombia está en la agricultura. Y escritores de los más diversos quilates han fatigado los anales del lugar común para cantar la égloga, inefable y tierna, del labriego colombiano, hasta el extremo de que existe ya en el país un género nuevo de literatura bucólica, que amotina la neurastenia fácil de los espíritus primarios, eternos fétiches de ese concepto mardeniano de la felicidad, ante el cual la vida se simplifica y se desmaya en un aspaviento solemne de banalidad y de insignificancia.

Y sin embargo, la experiencia, que sigue siendo la dueña y señora del mundo, nos dice todos los días que la inmensa mayoría de las empresas agrícolas de cierto aliento fracasan con regularidad inexora-

ble, arruinadas por la competencia extranjera y por la falta de vías de comunicación baratas dentro del país.

Mi amigo, ya casi ilustre en los fastos de la agricultura nacional, don Alfredo García Cadena, que ha sentido siempre una envidiable predilección por el prestigio aromático del labrantío y que ha dedicado los más abnegados empeños de su inteligencia al estudio racional de los temas agrarios, me decía en alguna ocasión que el error máximo de la agricultura colombiana consistía en la insistencia con que pretendía convertir las explotaciones agrícolas en grandes empresas industriales, cuando lo indicado era la parcelación de las tierras y el laboreo de pequeños fundos, dentro de los cuales cupiera apenas la ambición de una familia limitada.

Queda planteado así el éxodo hacia el campo, del que hablan en prosa y en verso los paladines de la nueva cruzada, pero que no es, por desgracia, en Colombia tan bello como lo pintaran los sonetos bucólicos de Julio Herrera y Reissig. Porque, en mi sentir, la vida del labriego colombiano, mejor que de un poema épico sería digna de una elegía.

No se trata, en efecto, de que la agricultura proporcione una vida aceptable a las familias que cultivan los pequeños predios rurales. Lo que sucede es que estas gentes austeras han renunciado de antemano a la vida civilizada y se resignan a conquistar una subsistencia dificultosa, que apenas rebasa los límites del hambre en un sentido rigurosamente fisiológico. Alimentados con raíces, vestidos con telas que la barbarie fabril del país lanza a los mercados anónimos y resignados a no vivir con otra ilusión que no sea la de los galardones sobrenaturales, los campesinos colombianos integran una casta de vencidos, que no pueden asomar siquiera su curiosidad a los dinteles ciudadanos, que no alcanzan a libertar sus hijos de la ignorancia que le legaron sus mayores y que jamás encontrarán, en el círculo vicioso de su existencia precaria, dónde clavar la esperanza de una alegría ni dónde cimentar las bases de una redención.

Las causas del fracaso de la agricultura entre nosotros son muy complejas, y no sería cuerdo pretender referirlas a una fuente única. Pero es innegable que el problema sanitario tiene estrechas concomitancias con la cuestión, en las cuales no se ha fijado jamás la atención de los gobernantes ni de los legisladores.

Por mala fortuna, existe un paralelismo climatológico entre las condiciones atmosféricas de las cuales depende la feracidad de las tierras y aquellas otras que favorecen la persistencia y la propagación de las grandes endemias tropicales: humedad y calor son los requisitos esenciales para el cultivo provechoso de las plantas tropicales, y humedad y calor son también las condiciones indispensables para que perdure la endemia palúdica, para que subsista la anemia tropical, para

que la fiebre amarilla se propague etc., etc. Y esta circunstancia eleva extraordinariamente el costo del trabajo humano en las explotaciones agrícolas, porque no se encuentran hombres suficientemente ignaros para comprometer su salud y exponer su vida a cambio de jornales miserables.

El departamento sanitario de la Tropical Oil Co, en Barrancabermeja, hizo un estudio de las condiciones de salubridad en que se encuentra la población rural de las riberas del Magdalena, y encontró que el cuarenta por ciento de las gentes que habitan las laderas del gran río viven continuamente enfermas. En estas circunstancias, se comprende muy bien que no tengamos inmigración para poblar nuestros campos, que las vías públicas que atraviesan grandes extensiones desiertas arruinen al tesoro oficial que las construye, y que a despecho de las altas vallas aduaneras, la invasión de alimentos extranjeros ahogue todo intento de industrialización técnica de la agricultura colombiana.

Mientras que no se emprendan, por iniciativa oficial, las grandes obras de ingeniería sanitaria que hagan habitables las más extensas y feraces zonas agrícolas del país, y mientras que no se acometa una campaña eficaz para difundir en los medios gregarios de la población rural aquellas enseñanzas rudimentarias de la profilaxia individual en las endemias reinantes, el esfuerzo de todos los literatos bucólicos será estéril y el mecanismo artificial de las murallas aduaneras logrará apenas elevar el costo medio de la vida, mermar las entradas del fisco y dejar sin solución el magno problema de la agricultura.

VI.—La beneficencia oficial y la beneficencia particular.

Ya había dicho el gran escritor irlandés que “con las mejores intenciones se hacen las peores cosas” y vamos a encontrar una flagrante confirmación de este irónico aserto al estudiar la beneficencia como uno de los elementos esenciales en la organización de la salubridad pública.

El mismo día en que se incorporó la caridad en el grupo de las virtudes cristianas y se recomendó su ejercicio en nombre de la religión, se le dio un golpe de muerte a la estructura técnica de la beneficencia pública. Porque si bien es cierto que la conmiseración ante la desgracia de nuestros semejantes y la ayuda caritativa en sus necesidades son uno de los más nobles impulsos del espíritu, y que la práctica individual de la filantropía se presta a los más laudatorios comentarios, también lo es que la prestación de servicios colectivos, de cualquier naturaleza que sean, requiere, para que resulte eficaz, de una metódica sistematización, que tan sólo puede obtenerse en las instituciones oficiales.

La caridad privada, en efecto, es siempre irregular, esporádica, incompleta, sujeta a las variables condiciones del que le presta, y con mucha frecuencia inoportuna. Se prodiga, por otra parte, sin un conocimiento perfecto de las necesidades del que la solicita y sirve muchas veces para estimular la holgazanería y para cultivar el vicio.

La caridad oficial, en cambio, cuando está técnicamente organizada, presta servicios uniformes y permanentes, solamente a las personas que necesitan en realidad la ayuda ajena y mediante un estudio previo de cada caso. Los resultados, como se comprende, han de ser necesariamente más perfectos, y la experiencia de los países más adelantados, donde la beneficencia oficial es uno de los ramos administrativos mejor organizados, coloca el problema fuera de toda duda.

El Estado tiene el deber de exigir a las clases privilegiadas de la sociedad la tributación necesaria para remediar la suerte adversa de todos aquellos que, por una u otra causa, han fracasado en la lucha por la vida. Y tiene, además, por un elemental sentimiento cristiano, por pedirlo así la higiene colectiva y por ineludible exigencia de la estética social, la obligación de recoger a todas aquellas personas que solicitan la limosna ajena, para clasificarlas en tres grupos: el primero integrado por los enfermos curables, que serán trasladados a hospitales debidamente equipados, para que reciban el tratamiento que necesitan y vuelvan a la sociedad como elementos útiles; el segundo que lo formarán los enfermos crónicos incurables, los tarados física o mentalmente y los incapaces de todo género, para llevarlos a asilos oficiales donde reciban una asistencia humanitaria; y el último que lo formarán los holgazanes, los perezosos y los vagos, a los cuales se conducirá a colonias de trabajo, para obligarlos a adquirir disciplinas y hábitos normales, que más o menos tarde pueda también utilizar la sociedad.

En esta forma quedará eliminado el espectáculo repugnante de la mendicidad pública, que obliga a las gentes en desgracia a la exhibición de sus lacerías conmovedoras como mecanismo de estímulo para la sensibilidad de los demás, y que nos desacredita ante los extraños, porque todas las naciones cultas han resuelto ya este importantísimo problema de higiene social.

Supresión, pues, de la caridad privada, que apenas puede servir como pretexto a la abulia de la administración oficial y organización técnica de la beneficencia, para que rinda todo el servicio que ella está llamada a prestar, es la única solución racional de este problema, que apenas se concibe cómo puede encontrarse en Colombia hoy a la altura de los pueblos primitivos.

La legislación sanitaria.

Los médicos que asisten al Congreso año tras año han logrado la

expedición de un conjunto de leyes por medio de las cuales se organiza la salubridad pública en una forma que podrían envidiarnos los países más adelantados de la tierra. Para un extranjero que leyera estos códigos voluminosos y eruditos, sin conocer el secreto de nuestras fantasías raciales, Colombia se encontraría hoy a la altura de Francia, de Alemania y de los Estados Unidos.

Pero todas estas alegres teorías son letra muerta, porque a la hora de liquidar los presupuestos no se incluyen jamás las partidas necesarias para dar cumplimiento a esas leyes, y no parece necesario demostrar que sin dinero no es posible acometer grandes empresas de progreso. Como ya lo dije al principio, ha existido siempre entre todos los hombres que dirigen la marcha administrativa del país el acuerdo tácito y funesto de que los gastos que requiere la sanidad pública constituyen una especie de beneficencia subsidiaria y mezquina, que se hace figurar en las casillas presupuestales como una simple rutina protocolaria, sin pensar jamás en que tiene que haber relaciones de proporcionalidad entre el dinero invertido y los servicios que han de prestarse.

Con este mecanismo se ha logrado tan sólo crear una burocracia desmoralizada, que acepta los cargos oficiales del ramo de sanidad a título de prebenda, porque sabe de antemano que no se le pagará lo que vale un trabajo eficiente ni se le pedirán cuentas estadísticas de su labor.

Y es preciso que se sepa de una vez, para que los poderes públicos se percaten de su equivocación, que en ninguna parte del mundo es posible contratar los servicios de los hombres verdaderamente capaces con remuneraciones irrisorias, porque la ley universal de la oferta y de la demanda les ofrece, en la esfera de la actividad particular, más halagadoras retribuciones a su esfuerzo. El espíritu comercial norteamericano, que ha hecho de los Estados Unidos la nación más poderosa del mundo civilizado, demostró ya hasta la evidencia el error craso de las economías ilusorias que implican los servicios baratos de los hombres incapaces.

¿Cómo es posible, por ejemplo, que en las condiciones actuales tengamos un médico legista, que debe hacer estudios especiales de química toxicológica, que debe conocer a fondo las prácticas de laboratorio, que ha de estudiar a conciencia los difíciles problemas del derecho penal, y que, a más de eso, está obligado a ejecutar trabajos insalubres, que ponen en peligro su salud y hasta su misma vida? Y la consecuencia de estos sistemas deplorables es la de que no tenemos en Colombia medicina legal propiamente dicha, y el examen pericial, del que depende muchas veces en forma discrecional la administración de justicia, es casi siempre una pantomima vergonzosa, que conturba el espíritu de quienes, a sabiendas de esta situación, tenemos que intervenir ocasionalmente en incidentes de esta naturaleza.

No son, pues, nuevas leyes teóricas lo que necesitamos, sino hombres conscientes de su responsabilidad, que dispongan de la ilustración necesaria para abarcar en una mirada sintética el panorama antropológico de la raza y que aporten a la administración oficial un patriotismo actual de sabor práctico y las dotes necesarias de suficiencia directiva, de las cuales podamos esperar una obra de resultados perdurables.

VII.—Organización oficial de la sanidad pública.

He querido exponeros este conjunto de ideas primordiales en una forma casi esquemática, que resultó, sin embargo, suficientemente larga para fatigar vuestros oídos benévolos y lo bastante pobre para defraudar vuestra esperanza. Me resta solamente, para terminar, exponeros un hecho que no podría omitir sin faltar a la intención que inspiró mi modesta conferencia:

El radio actual, casi ilímite, de los conocimientos humanos, y la complejidad extraordinaria de los problemas que cada momento plantea esta civilización vertiginosa que hemos tenido la fortuna o la desgracia de vivir, ha obligado a los hombres, cada día con más ineludible apremio, a dividir el trabajo y a adoptar la especialización como requisito indispensable de eficiencia. Y si existe algún ramo que de manera más ineluctable exija la selección de valores especializados, es este de la sanidad pública donde toda labor que se aparte de la técnica está condenada al fracaso absoluto.

Esto quiere decir que en Colombia no existirá la higiene oficial mientras que la dirección de sus servicios esté incorporada a otros renglones administrativos, porque se comprende muy bien que no podrá acertar en la organización de la sanidad pública un ingeniero muy distinguido, ni un polígrafo de alto renombre, ni un filósofo de dilatados alcances mentales, como son casi siempre los encargados del Ministerio de Educación Nacional.

El espíritu de imitación, que a tantos errores conduce cuando se aplica bajo el estímulo de una vanidad aberrante, pudiera sernos aquí de gran provecho si quisiéramos aprender el ejemplo de los Estados Unidos, donde cada uno de los ciudadanos tiene un concepto claro y definido del valor de la salud física; donde todos colaboran, con verdadero espíritu comprensivo, en las campañas por la higiene pública y privada; donde el técnico, que en este caso es el médico, goza de una hegemonía absoluta en todo lo que se relacione con los fueros de su profesión; donde el Estado ha comprendido en forma cabal todo su deber sanitario, y donde los ciudadanos, en fin, aceptan con ánimo de sincera cooperación la dictadura higiénica, que la experiencia ha demostrado ser la única forma de mantener la organización de la salubridad colectiva con resultados estadísticos satisfactorios.

Conclusión.

Me hago la ilusión de que estas prosas sencillas, desprovistas con deliberada intención de todo brillo literario, hayan logrado dejaros un concepto sintético del estado actual de la sanidad oficial en Colombia. Pero ya que a los poderes públicos de todas las épocas han pasado inadvertido el problema de mayor cuantía que tiene por resolver el país, es necesario crear un ambiente propicio a la solución, y en este sentido quiero pedir a vosotros la ayuda de todos los medios de difusión intelectual —la prensa, la tribuna, la influencia individual bajo todas sus complejas manifestaciones— para que vayan infiltrándose en la conciencia popular estas verdades, cuya paladina evidencia las redime de toda controversia.

Con el transcurso de los tiempos, las preocupaciones de los hombres van sufriendo transformaciones muchas veces insólitas. Y así, al ademán romántico que supo dar énfasis a la primera juventud de la República, ha sucedido este positivismo melancólico, en el que los mercaderes vulgares pontifican ante la admiración atónita del tablado nacional y en el que el concepto fenicio del dinero parece representar la única traducción de la razón de ser de la vida. Pues bien: si hemos querido renunciar a todo, y si no tenemos más ambición que la de hacernos ricos, es preciso que sepamos que jamás fueron ricos los pueblos decadentes, que la degeneración física es compañera fraternal de la pobreza y que la conquista del bienestar económico, adonde convergen todas las miradas de la angustia nacional, no podrá lograrse mientras que no hayamos conquistado la solvencia sanitaria. He sentido siempre un temor casi cobarde ante las afirmaciones absolutas, que disuenan con mi temperamento mental, pero en estos problemas vitales, de los que depende el porvenir de sucesivas generaciones y a los cuales está vinculada la responsabilidad antropológica de toda la cultura occidental, no es posible aceptar relatividades.

Herencia magnífica de aquellas edades pretéritas en las que el hombre fatigó la gloria y dejó florecer la galantería, perdura en nosotros la obsesión de que el patriotismo verdadero ha de ser un sentimiento rigurosamente platónico, edificado sobre la propia renunciación y sobre el propio sacrificio. La supremacía universal, sin embargo, de las razas anglosajonas, ha entronizado en el mundo un concepto del patriotismo menos bello sin duda, pero más humano, que nosotros tenemos que aceptar sin envidiarlas, porque si ellas nos han ganado en la trayectoria de la civilización, su triunfo cabe imputarlo apenas a la pertinacia de su esfuerzo, ya que jamás alcanzarán el privilegio de nuestra sensibilidad, ni la excelencia de nuestros atributos mentales.

Este nuevo concepto del amor a la patria, basado en la exaltación científica de un sano egoísmo, descarta los valores emotivos y busca

el engrandecimiento de la nacionalidad como la resultante de dos fuerzas sinérgicas: la integridad biológica y el poderío económico.

Los colombianos podemos sentirnos orgullosos, por fortuna, del arraigo definitivo que tiene en cada uno de nosotros —sin diferencias de categorías— el dogma intangible de la soberanía nacional. Porque a diferencia de ciertas democracias transitorias que afrentan el abolego político del continente, en Colombia flota, como una verdad atmosférica, el apego minucioso e irrevocable a su tradición independiente. Pero la subordinación no suele ser un acto volitivo, sino una obligada consecuencia. Por eso es necesario que consolidemos nuestra soberanía política con la conquista de la independencia sanitaria, y ninguna oportunidad mejor para invitarnos a esta cruzada nacional que la que se me presenta esta noche, al veros congregados aquí para solemnizar el recuerdo de aquel gesto sublime que trajo al navegante inmortal hasta las playas americanas.

Porque la enfermedad envenena las fuentes de la vida; porque compromete la continuidad histórica de la raza; porque amarga el dulce goce de la existencia; porque retarda el logro del bienestar económico; porque pone una valla, en fin, al engrandecimiento de la patria, prediquemos al país, con unción de fanáticos, la frase trivial, la frase sencilla que encierra la más humana de todas las doctrinas: *vivir sano es la primera necesidad del hombre!*

